

ADÁN Y EVA COMO PERSONAJES HISTÓRICOS, Y POR QUÉ IMPORTA QUE LO SEAN

Resumen del artículo de C. JOHN COLLINS

Collins defiende la postura más tradicional de los tres artículos aquí reseñados: Adán y Eva como personajes históricos en los orígenes de la humanidad. Comienza resaltando el papel histórico de Adán y Eva en la teología cristiana, y enumera las razones que están llevando a muchos cristianos (científicos o no) a abandonar ese punto de vista, entre ellas: (i) la percepción de que nada del pasado remoto puede afectarnos profundamente; (ii) los paralelos entre temas del Génesis e historias de otras culturas de Oriente Próximo, que llevan a algunos a concluir que el Génesis es tan «mítico» como tales historias; y (iii) los avances en biología, que van arrinconando cada vez más la idea de una pareja original a través de la cual entra el pecado y la muerte en el mundo. (p. 147, 148)¹. Cita como ejemplo de esa última tendencia a dos conocidos científicos evangélicos, Francis Collins (sin relación con el autor) y Denis Alexander.

Frente a tales posturas críticas, Collins defiende la necesidad de retener «algún tipo de versión del punto de vista tradicional», o «alguna variación del mismo». Tal postura es la que mejor explica «no sólo los materiales bíblicos, sino también nuestra experiencia cotidiana como seres humanos», que incluye el pecado como algo que debe ser perdonado y al que hay que combatir como corruptor y perturbador de la vida humana (p. 148). Que esa postura sea o no compatible con las evidencias científicas es secundario para el autor, que sin embargo dedica la parte final del trabajo a imaginar escenarios históricos compatibles con sus ideas y con los conocimientos científicos actuales.

1. Las páginas se refieren a los artículos originales de *Perspectives in Science and Christian Faith*, v. nota 1 en la p. 7 de este número.

Collins sale al paso de las críticas al pecado original como concepto occidental heredado de Agustín de Hipona (354-430). Señala que, aunque las iglesias orientales tienen un enfoque diferente al de Agustín, comparten sin embargo con los padres orientales (y con los occidentales pre-agustinianos como Ireneo o Tertuliano) la aceptación de Adán y Eva, y su desobediencia, como hechos históricos cuyas consecuencias nos alcanzan.

Al tratar de establecer qué clase de literatura es la narrativa de Adán y Eva, Collins señala que es «de tipo histórico» (*history-like*), y propone cuatro posibles lecturas (p. 149)

1. El autor intentó transmitir «pura historia» (*straight history*), con mínimo lenguaje figurativo.

2. El autor narró «lo que creía eran acontecimientos reales», usando técnicas retóricas y literarias para influir en la actitud de sus lectores hacia esos acontecimientos.

3. El autor pretendía relatar una historia imaginaria, empleando recursos literarios reconocibles, para transmitir verdades eternas sobre Dios y los hombres.

4. El autor escribió un relato (*story*) sin preocuparse de si los acontecimientos eran o no reales; su objetivo era transmitir verdades teológicas y morales. (p. 149).

Collins se decanta claramente por la opción 2. La opción 1, irónicamente, la comparten tanto los «creacionistas de la tierra joven» como los eruditos de la «crítica histórica»; la diferencia es que para los primeros es verdadera mientras que los segundos juzgan el Génesis como básicamente incorrecto, históricamente hablando, lo cual no significa que, desde posturas como la 3 ó la 4, no lo consideren valioso.

LA FORMA DEL RELATO BÍBLICO

En la siguiente sección Collins sostiene que los escritos bíblicos no son sólo un conjunto de historias edificantes, sino que tienen por función «dar forma a la cosmovisión del pueblo de Dios» (p. 149), una cosmovisión capaz de orientar de pleno nuestras vidas. No cabe pues tratar el relato como un envoltorio a desechar una vez descubiertos los conceptos (acaso eternos) que encierra; para Collins, esas verdades eternas adquieren valor por su propia situación en el relato (p. 150).

En ese contexto de cosmovisión, historia y mito, Collins se interroga sobre el status que nuestros antepasados daban a los relatos míticos. Para ello cita al egiptólogo Kenneth Kitchen, que relaciona la mitologización de la historia con la propaganda: «El antiguo Oriente Próximo no historiza el mito, es decir, no lo presenta como historia imaginaria, al contrario, se tiende a mitologizar la historia, a celebrar sucesos y personas reales en términos mitológicos». (p. 150). De ahí concluye Collins que los antiguos «pensaban que estaban relatando la verdad», en línea con la postura 2 anterior.

Respecto a la relación de Gn. 1-11 con los mitos mesopotámicos de los orígenes, Collins los considera, por los muchos puntos de contacto, como «el contexto literario correcto frente al cual se escribieron los relatos del Génesis». Y se apoya nuevamente en Kitchen para afirmar que Gn. 1-11 proporciona la verdadera pre- y protohistoria de la cosmovisión alternativa de la Biblia, cuyo propósito es «moldear la visión israelita de Dios, del mundo y del ser humano, y el papel del pueblo en todo ello». (p. 150).

A continuación Collins pasa a discutir el significado del término «histórico», indicando las diversas concepciones del mismo, unas más restrictivas que otras. Así, rechaza la posición literalista del creacionismo de la tierra joven, argumentando que el hecho de que el relato no sea «histórico» en sentido, p. ej., cronológico, no quiere decir que lo que se cuenta no haya ocurrido. Ello le da pie a plantear el punto esencial del artículo: «Debemos, con todo, reconocer en el relato lo que podría llamarse el núcleo histórico (*historical core*), aunque hay que ser cuidadoso al discernirlo. El Génesis tiene por objetivo contar el relato de los orígenes de manera correcta». (p. 151). Collins se apoya en Henri Blocher, a quien cita en relación con la caída, diciendo que lo crucial «no es si tenemos un informe histórico de la caída, sino si podemos o no leer Gn. 2-3 como el informe de una caída histórica» y si hay «correspondencia con realidades discretas en nuestro espacio ordinario y nuestro tiempo secuencial» (p. 152).

Desde esa perspectiva, Collins critica a autores como John Stek que afirman que Gn. 1-11 no tiene por objeto contarnos historia o ciencia, sino teología, porque según Collins «la teología no es separable del relato [...] una de esas 'verdades teo-

lógicas¹ es que Quien creó el mundo es el Dios bueno que se reveló a Israel, no el dios veleidoso de otros pueblos; ¡he ahí una afirmación histórica!» (p. 152). Así pues, Collins reconduce la «teología» y las supuestas «verdades eternas» del Génesis a una discusión sobre hechos históricos que ocurrieron o no: «el elemento histórico debe estar siempre ahí» (p. 152) porque «lo histórico garantiza que nuestra experiencia está en contacto con la realidad». (p. 153).

Collins resume a continuación los aspectos fundamentales del relato del Génesis en el contexto global del plan de salvación a través de la historia hasta el Apocalipsis, indicando que Génesis presenta a Adán de tal modo que podamos ver a Abraham, y a Israel, como un «nuevo Adán». Ello presupone en todos los seres humanos algún tipo de situación común: necesidad de Dios, un alejamiento debido al pecado, y la posibilidad de transformación moral al recibir el mensaje. Tradicionalmente se ha considerado que estos elementos comunes se deben a su origen común. (pp. 153, 154).

Frente a teólogos como W. Sibley Towner, que ven el «mal» como algo inherente a una creación con seres racionales dotados de libre albedrío, por lo cual no consideran que los humanos hayan cambiado de naturaleza («la caída») en un determinado punto de su historia, Collins se muestra muy crítico: «Si ser propenso al pecado es inherente al ser humano con libre albedrío, entonces los escritores bíblicos se equivocaron al describir la expiación en los términos que lo hicieron, y Jesús se equivocó al describir su propia muerte en esos mismos términos (Mc. 10:45)». (pp. 154,155).

Collins apunta que posturas de ese tipo no liberan de responsabilidad a Dios por el dolor y el sufrimiento, sino más bien le hacen aun más responsable, ya que «el único mundo que pudo hacer fue uno en el que la gente hace el mal». Por tanto, no hay razón para esperar que Dios pueda conseguir una victoria final; un escenario muy distinto al que encontramos en la Biblia. En contraposición, Collins se alinea con el filósofo Cornelius Plantiga Jr., que considera al pecado como «algo que es lo que no debería ser», una «perturbación culpable del shalom, [...] un intruso que desbarata algo bueno y armonioso» (p. 155). El relato de Adán y Eva explica cómo el pecado entró en la experiencia humana, sin pretender para nada explicar cómo la

rebelión contra Dios (el discurso de la serpiente) se originó en primera instancia.

SINGULARIDAD Y DIGNIDAD HUMANAS

Collins analiza en esta sección la visión bíblica de la naturaleza humana, y observando su clara conexión con la experiencia cotidiana, lo considera un argumento a su favor. Desde esa plataforma reclama una historia científica de la humanidad que, si pretende ser creíble, explique igual de bien esos aspectos.

El análisis se inicia con el concepto del ser humano como imagen de Dios. Collins menciona tres posturas que identifican esa imagen en una semejanza de tipo intelectual, moral, etc. con Dios, o en nuestro carácter de representantes de Dios en la creación, o en nuestra capacidad de relacionarnos con otros seres. Collins prefiere no tomar partido y combinar las tres, y a continuación se pregunta cómo se nos confirió y cómo se transmite esa imagen. Su respuesta es que, sea cual sea el escenario (incluso si incluye evolución), no puede ser únicamente resultado de procesos naturales, y cita en este sentido a Derek Kidner: «no hay un puente natural del animal al hombre» (p. 156). Así que, si Dios utilizó para crear al ser humano el cuerpo de un homínido pre-existente, «tuvo que existir alguna reorganización divina de ese cuerpo, para que pudiera coexistir con el alma y revelar la imagen de Dios». (p. 156). Collins propone, prácticamente sin argumentarlo, que esa imagen se transmite por procreación, para acabar concluyendo que todo ello «refuerza la idea de que todos los seres humanos descienden de la misma fuente». (p. 156).

A continuación Collins retoma el tema del pecado, del clamor universal por justicia y de la necesidad de Dios, citando a autores cristianos como Pascal o Chesterton en apoyo de la idea de que esa búsqueda de justicia y de Dios expresa nostalgia de un pasado mejor... que se corresponde con «algo real». (p. 158).

ALGUNOS ESCENARIOS CIENTÍFICOS

En la sección final, Collins propone escenarios científicos en un intento de casar un Adán y Eva históricos con datos científicos. Aun reconociendo que el relato del Génesis es «anacrónico», p. ej., en su descripción de Caín y Abel como personajes del neolítico, próximos al escritor y audiencia del relato; o que las cronologías no son exhaustivas, o que la muerte de Gén. 2:17 es espiritual, con la muerte física

(Gen. 3:19) como consecuencia, sostiene que el relato bíblico «supone que Adán y Eva son personas históricas en el origen de la humanidad» (p. 158). Collins evita la discusión de si, suponiendo que tengamos una larga historia evolutiva, hubo o no muerte física antes de Adán y Eva; se conforma con afirmar que «la pareja era un nuevo principio, para la que la muerte física no era el objetivo pretendido». (p. 159).

A continuación pasa revista a algunos descubrimientos científicos que juzga relevantes para un buen escenario para los orígenes humanos y el pecado: se centra en dos «huecos» en el registro histórico del desarrollo humano, uno que coincide con la aparición de los humanos anatómicamente modernos hacia 130.000 a.C., y otro con el inicio de la cultura hacia 40.000 a.C. También cita datos de la genética moderna que indican un ancestro común con el chimpancé, o que la población humana a lo largo de la historia no ha sido nunca inferior, al menos, a un millar. Con todo, rehúsa aceptar plenamente esas evidencias arguyendo que no sabemos si los futuros genetistas pensarán lo mismo, y recordando que cierto tipo de ADN, que solía llamarse «basura», actualmente se considera funcional. En cualquier caso, no pretende tanto establecer un modelo que permita explicar las cosas como una serie de criterios que, sea cual sea el modelo propuesto, ha de cumplir para ser juzgado razonable:

1. El origen de la raza humana va más allá de procesos meramente naturales, en base al carácter distintivo de la imagen de Dios.
2. Hay que situar a Adán y Eva a la cabeza de la raza humana, en base a que la imagen de Dios la comparten todos los humanos.
3. La caída fue tanto histórica (ocurrió) como moral (supuso desobedecer a Dios) y tuvo lugar al inicio de la raza humana, en base al sentimiento universal de nostalgia antes descrito.
4. Si hubo otros humanos en paralelo con Adán y Eva, deben concebirse como formando una única tribu, con Adán como jefe y Eva su esposa. La tribu "caería" en el pecado de manera solidaria a través de su representante Adán.

Con esas premisas, Collins revisa cinco escenarios propuestos por diversos autores (pp. 160-161):

1. Los creacionistas de la tierra joven y muchos creacionistas de la tierra vieja consideran que los humanos supusieron una creación nueva, sin antecesores animales, mientras que otros admiten que se empleara un ancestro animal. Collins se conforma con que los humanos sean resultado de una «creación especial».

2. Un escenario sencillo es considerar a Adán y Eva como los primeros integrantes del género Homo, pero ello plantea el problema de la falta de restos culturales en los dos millones de años siguientes.

3. La paleontología sitúa la aparición de los humanos modernos alrededor de hace 100.000 y 40.000 años, y ahí cabría situar a Adán y Eva.

4. Collins valora favorablemente la postura de Derek Kidner (*Génesis - Comentario Tyndale al AT*) según la cual Adán y Eva habrían surgido de la transformación de unos homínidos por parte de Dios, que les habría concedido así su imagen. El aspecto crucial es que la imagen de Dios se habría propagado no sólo verticalmente a sus descendientes, sino también horizontalmente a otros homínidos contemporáneos, con Adán como líder de la población existente. El papel representativo de Adán como «jefe federal» de la humanidad implicaría también que su pecado se extendiera a sus descendientes y contemporáneos.

5. Otro escenario similar al anterior fue propuesto por C.S. Lewis (*El problema del dolor*), aunque sin proponer a Adán como líder de la población ancestral de homínidos. Con todo, Collins ve problemática la afirmación de Lewis de que «no sabemos cuántas de esas criaturas hizo Dios» (homínidos ancestrales transformados por Dios en verdaderos humanos). Según Collins, sólo una dimensión de «solidaridad» entre esos seres convierte el escenario de Lewis en el de Kidner, con Adán como jefe y Eva como reina, y ese monogenismo modificado evitaría caer en el poligenismo.

A lo largo del artículo Collins hace frecuente referencia a su obra *Genesis 1-4* (2006), y anuncia un próximo libro que desarrollará las tesis del artículo.

CONCLUSIONES

Collins termina (p. 162) con tres razones por las que los cristianos deben seguir su postura:

– Abandonar el esquema tradicional de creación divina original buena, caída, redención restauradora por parte de Dios, y consumación para completar y confirmar la restauración es abandonar cualquier posibilidad de comprender el mundo. Es más, «la existencia del pecado pasa a ser culpa de Dios, o incluso algo que Dios no pudo evitar».

– Sin la historia de una familia original y su desobediencia inicial, la expiación deja de tener sentido, y en ese caso la muerte de Jesús pierde también un aspecto crucial de su significado.

– Sin un origen común para la humanidad se socavan los fundamentos, tanto bíblicos como de sentido común, para afirmar la dignidad de todas las personas, y la necesidad de la solución que la fe bíblica ofrece a todos ellos.

Jack Collins

Catedrático de AT en el Covenant Theological Seminary (St. Louis, Missouri), se interesó por la herpetología siendo adolescente, luego estudió Ingeniería Informática en el Massachusetts Institute of Technology, y Teología en el Faith Lutheran Seminary (master, 1985) y la Universidad de Liverpool (doctorado en lingüística hebrea, 1989).

Ha sido investigador en ingeniería, fundador de iglesias y, desde 1993, docente. Su interés inicial fue la gramática hebrea y griega, pero ha derivado a áreas como las relaciones entre ciencia y fe, el uso del AT en el NT, o la teología bíblica.

Ha coordinado el AT en la traducción de la Biblia «English Standard Version Bible» (y en su Biblia de estudio). Es autor de «The God of Miracles: An Exegetical Examination of

God's Action in the World» (Crossway, 2000);

«Science and Faith: Friends or Foes?» (Crossway, 2003), y

«Genesis 1-4: a Linguistic, Literary and Theological Commentary» (P&R, 2006).

Está casado y tiene dos hijos adolescentes.